
CRISTIANISMO

UNA EXPERIENCIA MULTICULTURAL

¿Cómo vivir y anunciar la fe cristiana en las diferentes culturas?

Ponencia Temática del COMLA V - Belo Horizonte, Brasil

SUMÁRIO

Marcello Azevedo, s.j.

Jesuíta brasileiro, doctor en Teología, Director del Instituto Brasileiro de Desenvolvimento-IBRADES, en Rio de Janeiro, Brasil.

O cristianismo é uma experiência marcadamente cultural. Uma de suas características fundamentais é seu caráter encarnatório e histórico. Toda a concreção histórica de nossa fé cristã só se realiza efetivamente no contexto de uma ou de várias culturas. Entretanto, historicamente, o cristianismo no continente latino-americano difundiu um modelo, não somente cultural, como marcadamente monocultural. Com o Concílio Vat. II, entretanto, se difunde cada vez mais um cristianismo como experiência multicultural, ou seja a vivência da mesma fé em culturas diferentes.

INTRODUCCION

En estos días del Quinto Congreso Misionero Latinoamericano, comenzamos a vivir juntos un momento muy significativo de nuestra vocación cristiana. Lo hacemos en Belo Horizonte. ¡Que el nombre de esta gran ciudad se traduzca y concrete siempre en el vivir diario de este Congreso! ¡Que se abran para nosotros bellos horizontes, respuesta a la esperanza con la que venimos de tantas partes! Que pase por ahí nuestra gratitud por la calurosa acogida de esta Arquidiócesis, cuyo plano pastoral se llama, precisamente, Proyecto Construir la Esperanza.

En nuestra diversidad, traducimos las múltiples facetas de nuestra vocación común de cristianos para la misión. Estamos aquí, obispos, presbíteros y diáconos; religiosos y religiosas, laicos, hombres y mujeres, adultos y jóvenes, teólogos y catequistas. Somos personas que se toman en serio su fe. Actuamos en los diferentes frentes pastorales y sociales. La misión es lo que nos une y mueve a todos. Esta misión es la realidad fundamental de nuestra fe, inseparable de nuestra esperanza, vivida en comunión en el amor, amor que fundamenta e ilumina la *Vida*.

También queremos tener aquí con nosotros, en nuestra memoria y en nuestro corazón, a aquellos que nos enviaron o de los que somos representantes: nuestras familias y comunidades, nuestros grupos y movimientos, nuestras parroquias y diócesis, nuestras ciudades, regiones y países, nuestro continente cultural que es América Latina y el Caribe. Deseamos encontrar en este abanico un perfil concreto de la gran diversidad de realidades del mundo y de los distintos perfiles de la Iglesia que actúa en este mundo, que forman los universos concretos en los vivimos y de los que venimos.

Como un nuevo pueblo elegido, animados hacia este acontecimiento durante varios meses o, incluso, a lo largo de todo el año misionero. Pensamos y reflexionamos, investigamos y compartimos, sumamos experiencias, alabamos al Señor, le damos gracias y oramos juntos. Inspirándonos en este hermoso Texto Base, que tenemos en nuestras manos, instrumento adecuado, rico y matizado. El nos ayudará a centrar y profundizar el tema central que nos va a ocupar especialmente en estos días: El Evangelio en las Culturas. Camino de vida y esperanza.

Vimos, oímos y acogimos, en este día de abertura, algunas experiencias significativas de cómo la fe y la cultura se articulan en diferentes latitudes y en distintas situaciones. Cada uno de nosotros se encontró en algunos de estos rasgos. Nos preguntamos sobre cómo y qué rumbos orientan nuestras experiencias en cada uno de los contextos locales en que vivimos, trabajamos y nos comunicamos.

El tema de esta Conferencia se tituló así: Cristianismo, una experiencia multicultural. ¿Cómo vivir y anunciar la fe cristiana en las diferentes culturas?

Por qué esta relación entre el cristianismo y las culturas se ha convertido en uno de los grandes temas eclesiales desde el Concilio? *Gaudium et Spes, Nostra Aetate, Ad Gentes, Evangelii Nuntiandi, Catechesi Tradendae, Slavorum Apostoli, Redemptoris Missio* son documentos pontificios recientes sobre el tema. Hay varias contribuciones del Pontificio Consejo para la Cultura; tenemos el notable documento del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso titulado *Diálogo y Anuncio*. Nosotros en América Latina, tenemos que añadir los rasgos específicos de la relación entre la fe y las culturas, ofrecidos y propuestos, tanto en las Asambleas Episcopales del CELAM, en Medellín, Puebla y Santo Domingo, como en los textos de las distintas conferencias episcopales nacionales.

Este Congreso debe ayudarnos a poner en común y profundizar juntos nuestros problemas y preguntas. Es más, el COMLA V será el gran Pentecostés, la experiencia viva de la fuerza de Dios en nosotros y de la riqueza de nuestra presencia de unos en otros, a ser ampliamente compartida con los hermanos y hermanas que el

Señor coloca en nuestros caminos. COMLA V será experiencia viva del *don* de Su Espíritu que la Trinidad nos ofrece a todos, hijos e hijas, en el *Hijo*, Verbo de Dios, que se hizo uno de nosotros en Jesucristo, el crucificado y resucitado. En Él y por Él seremos enseñados por el Espíritu en lo que se refiere a lo central de la misión cristiana, de la evangelización, que se traduce en pleno respeto a las culturas y en la articulación a un tiempo particular y universal de la fe y de la cultura.

1. CRISTIANISMO, REALIDAD CULTURAL

Antes de tratar la dimensión multicultural del Cristianismo, como nos lo pide el tema, es necesario afirmar que el Cristianismo es una experiencia marcadamente cultural. Es verdad que a veces nos ha sido propuesto o lo hemos considerado como un fenómeno casi independiente de la cultura, incluso hasta supracultural. Hablamos de él como de un sistema universal, estático e inmutable, disociado de lo concreto y de lo real, un conjunto sólo de ideas y sentidos, de valores y principios.

De hecho, una de las características fundamentales del Cristianismo es su carácter encarnatorio e histórico. Jesucristo y todo lo que él es y significa en totalidad de su misterio, es enviado por la Trinidad a nosotros y nos es dado por el Padre en un marco muy concreto de la tradición de un pueblo.

Somos latinoamericanos y caribeños. Traemos en lo que somos, en el cómo vivimos y nos comunicamos, un perfil peculiar de la realidad humana, en nuestro tiempo y en nuestras latitudes. Además, somos en concreto, bolivianos, peruanos, chilenos, mexicanos, hondureños, etc. También, Jesús fue judío, galileo de Nazaré. Vivió en un contexto singular del judaísmo de su época. Este será siempre un referencial indispensable para nuestra comprensión tanto de la dimensión histórica del Cristianismo, como de su configuración teológica y espiritual. Fue en este marco bien delineado de un momento y un período de la vida de la humanidad, que el Padre nos dio a Su Hijo, hecho en Jesús uno de nosotros, por la acción del Espíritu Santo sobre María. El Cristianismo es, pues, en su consistencia humana, una vivencia y experiencia cultural. Toda la concreción

histórica de nuestra fe cristiana sólo se realiza efectivamente en el contexto de uno o varias culturas.

2. CRISTIANISMO, EXPERIENCIA MONOCULTURAL

Sin embargo, como nos recuerda el Texto Base, en la fase pospascual de las comunidades cristianas y durante los siglos siguientes, esta marca judía del origen va pasando por una transformación, a partir de las comunidades dispersas de judíos y no judíos, inmersos en las múltiples áreas de la cultura helenística. Esta era la que predominaba, entonces, en el universo greco-latino del Imperio Romano. Desde la referencia, el Cristianismo se organiza, se institucionaliza. Se va a ir afirmando cada vez más como una experiencia monocultural. Su teología y doctrina, su liturgia, su configuración religiosa, su sistema ético, casi todo en él se va definiendo por los presupuestos de esa cultura. Este marco cultural se consolida en la segunda mitad del primer milenio de nuestra era. El Cristianismo, aunque recibe muchas contribuciones de los pueblos nórdicos, en verdad los absorbe dentro de esa cultura de inspiración cristiana, de extracción occidental u oriental, europea y mediterránea, que lo caracterizó.

Durante toda la Edad Media europea, el Cristianismo latino, madura su forma de ser occidental, ésta tiene al mismo tiempo una dimensión religiosa y cultural, ambas tejidas e integradas en una sola realidad a la sociedad en la que se encuentra. Por otro lado, una cultura bien definida condiciona y orienta el florecer de un Cristianismo casi hegemónico, lleno de creatividad.

Toda la evangelización posterior al siglo XIII, y que llega prácticamente a nuestros días, difundió y expandió ese Cristianismo modelado con preponderancia por una cultura. En este sentido, de forma no exclusiva pero dominante, hablamos aquí de un Cristianismo monocultural. Por la evangelización se transmitía a lo largo de los siglos, la estructura de esa fisonomía cultural concreta del Cristianismo occidental.

La consecuencia mayor de este hecho fue la simultánea yuxtaposición y disociación entre el Cristianismo, por un lado, y,

por otro, las culturas de origen de los pueblos que iban siendo evangelizados, pagando el precio de la creciente pérdida de sus propias raíces culturales y religiosas.

Así, en la India, por ejemplo, tenemos 2,5% de una población inmensa y culturalmente muy distinta de la civilización occidental. pero la India católica vivió y, en cierta forma, todavía vive mucho su fe cristiana en las formas occidentales, muy ajenas a los cuadros culturales de sus propios orígenes.

También en América Latina, el contacto de las poblaciones *indígenas* con el evangelio se hizo a través de una articulación íntima entre colonización y evangelización. Esto provocó el vaciamiento opresivo de muchas naciones indígenas y, hasta incluso, una forma de su desaparición cultural o de su forzada sumisión.

La evangelización en nuestro continente creó, innegablemente, un substrato importante y persistente de religiosidad católica. Ella es parte integrante de nuestro patrimonio cultural. Es un dato sin el cual no se puede entender el complejo conjunto de nuestra afirmación social y de nuestras identidades culturales latinoamericanas.

Durante cinco siglos, este fondo religioso-cultural sobrevivió en medio de condiciones adversas. Entre estas, destaco una de carácter geográfico. Nuestras distancias interminables, sobre todo en Brasil, nos llevaron a tener una población diseminada y poco densa. El otro punto a destacar se refiere al tipo de organización y al tipo eclesial: la grave falta de clero. En prácticamente todos nuestros países, en este contexto religioso popular, la fe y sus expresiones, fueron mantenidas y dirigidas, en gran parte, por la fidelidad e iniciativa del mismo pueblo. No siempre ha sido estudiada y valorada en todo su alcance esta peculiar presencia y actuación de los fieles laicos en la configuración de la fisonomía propia del Cristianismo católico en nuestro continente. Este factor menos conocido por las iglesias particulares de otros continentes, se volvió factor determinante en América Latina. no puede ser olvidado o subestimado, cuando tratamos hoy nuestra misión evangelizadora actual y futura, la indispensable contribución del laicado en este esfuerzo eclesial.

En algunas regiones de nuestra América, el contacto de las poblaciones negras con el evangelio se hizo sin una adecuada evangelización y acompañamiento pedagógico en la fe. Predominó, casi siempre, una asimilación sociológica de las poblaciones de origen africano por el cuerpo institucional y religioso de la Iglesia y de la sociedad ambiente. Este proceso llevó a formas interculturales de convivencia práctica y, no raramente, a un sincretismo religioso, que perdura hoy. Esto caracteriza la forma en que se vive y delinea entre nosotros la experiencia religiosa de grandes segmentos de nuestros pueblos.

En todo este proceso, nos damos cuenta que, en relación a las religiones tradicionales, *indígenas* o *afroamericanas*, el Cristianismo desarrolló, difundió y, en algunos casos, realmente impuso, un modelo marcadamente monocultural, es decir, la matriz católica romana de inspiración ibérica, pre y pos tridentina. Configurado y apoyado, también institucional y disciplinariamente por la Iglesia Católica, en sus dos fases, la de colonización, del siglo XVI al XIX, y de la romanización, en el siglo XIX y parte del siglo XX, el Cristianismo latinoamericano no sólo es una experiencia cultural, sino que se volvió también una experiencia monocultural. Esto se hará más patente con la llegada a nuestros países, en el siglo pasado, de cristianos católicos procedentes de distintos países europeos. su emigración, a pesar de la inestimable originalidad de su aportación en muchos aspectos, reforzó el estilo cristiano del ser y del vivir ya establecido aquí.

El paradigma latino-romano de la cultura cristiano-católica de raíz ibérica vinculó nuestra formación socio-cultural y religiosa latinoamericana. Este dato empírico, y que puede ser documentado, realza la dificultad histórica de amalgamar este rasgo monocultural con la multiplicidad de realidades culturales presentes en el continente. Somos llevados a constatar que esta realidad monocultural del Cristianismo convive entre nosotros, con dificultades y conflictos, con multiplicidad de culturas originales o eventualmente aquí presentes. Más, específicamente, constatamos que se da y se expresa, a veces, una real ruptura entre la fe que se profesa y la cultura que se vive.

Esta ruptura se ha hecho todavía más evidente con la ulterior toma de conciencia eclesial reciente, pero tardía, de la presencia de otra cultura nítidamente occidental, que se viene denominando de la *modernidad*. Ampliamente difundida en el mundo entero y que se concreta distintamente en diferentes formas culturales, la modernidad como paradigma cultural no puede ser reducida sólo a la cultura urbana, y menos todavía a la cultura geográficamente urbana. Lo urbano es hoy lo topográficamente urbano, la ciudad. Pero, el urbano de la ciudad transborda también en el urbano ambiental. Los medios de comunicación, la educación y el mercado, los transportes y el turismo, llevaron para lo geográfico rural la presencia de lo urbano, con sus valores y límites, sus riesgos, desvíos y problemas.

Aunque la dimensión urbana sea una de sus principales características, lo más fundamental de la cultura moderna es, sin embargo, su condición de cultura secularizada. La modernidad no excluye, propiamente dicho, a la dimensión religiosa, sino que de ella saca la función unificadora, explicativa y legitimadora de la realidad cultural, tan central en las culturas no modernas o llamadas tradicionales. Este es uno de los rasgos principales de la secularización.

La actual crítica de lo moderno en crisis se hace, sobre todo, a través de las tendencias llamadas posmodernas. La secularización moderna se refuerza en lo posmoderno por la conciencia de la fragmentación de las percepciones y de los valores y por el vaciamiento de pretensión de universalidad de la modernidad. Por el bies moderno, como posmoderno, se desdoblaron graves consecuencias para el proceso de evangelización, como señaló el Texto Base. Más de lo que en cualquier otra matriz cultural, es en relación al universo moderno donde se manifiestan las más profundas rupturas entre fe y cultura, que antes mencionamos como parte y rasgo de un Cristianismo monocultural. En la modernidad surgieron, o se acentuaron, elementos válidos como la libertad, la conciencia de los derechos humanos, la valoración del individuo, el desarrollo técnico, la democratización política, la sensibilidad histórica. Pero, también, en la modernidad, se forjaron las muchas formas planetarias de marginación y pobreza, de opresión y exclusión.

Con todo lo que hemos dicho, está bien claro que el Cristianismo, en América Latina y en el Caribe, está en un contexto de, por lo menos, tres bloques culturales, que se interrelacionan o interpenetran: las culturas *indígenas*, las culturas *afroamericanas*, las culturas *modernas*. Cada uno de estos universos culturales se traduce en una extraordinaria multiplicidad de modos de ser, de entender y de actuar, de expresarse y de comunicarse.

3. CRISTIANISMO, EXPERIENCIA MULTICULTURAL. VIVIR LA MISMA FE EN CULTURAS DIFERENTES

Las misión cristiana se realiza a partir de las vivencias concretas de compartir el *don* de Jesucristo. Esta es la experiencia central de la evangelización. Volveremos más tarde a ella al tratar del fundamento cristológico de nuestra misión. Pero, este compartir el don se da en el complejo mosaico humano de la *multiplicidad cultural*.

Destacamos, pues, algunas dimensiones imprescindibles para que la evangelización tenga un lugar y sentido en la realización de la misión en diversas culturas. El conjunto de hechos y tendencias históricos que mencionamos anteriormente fue captado por Pablo VI, justificando su afirmación en la *Evangelii Nuntiandi*: la ruptura entre fe y cultura es el drama de nuestra época como lo fue de otras épocas. Esta posición traduce una nueva sensibilidad de la Iglesia, tanto en lo que se refiere a la índole de la misión, como a la pedagogía de la evangelización. En un nítido contraste con los presupuestos y criterios misionológicos anteriores, se subraya siempre más, después del Concilio Vaticano II, que en el proceso de evangelización son indispensables los siguientes elementos:

Primero. Se tiene presente la totalidad del ser humano, en su realidad espiritual y material y no sólo su alma. En el proceso evangelizador, hombres y mujeres tienen que ser considerados individualmente como personas, y comunitariamente, en cuanto miembros de un grupo, de una sociedad, de una colectividad que construyen y en la que se establecen relaciones interpersonales. Esto significa que la evangelización no se puede disociar de las dimensiones que se refieren a la identidad plenamente humana de

las personas, de los lazos constructores de solidaridad entre ellas, los elementos de participación y de responsabilidad común, cimentados en la igualdad y en los derechos humanos fundamentales. La fe, por lo tanto, se vivirá en clave de persona y de comunidad. Con esto se está diciendo que toda la evangelización abarca de lleno la dinámica de la libertad, la promoción de la justicia, de la articulación entre la fe y las exigencias éticas de esa fe, la construcciones de una sociedad justa, fruto principal de la liberación de los seres humanos de todas las formas sociales y culturales de discriminación y de opresión, de marginación y exclusión. Evangelizar es, pues, un proceso que liberta a las personas en profundidad, que abre unas a otras, y todas a Dios. La persona que cree se convierte en semilla fecunda de la humanidad para la comunidad en la que vive.

Segundo. Se tiene que tener presente que todo ser humano está unido, de algún modo, por lo menos a una cultura. En ella encuentra, como en el aire que respira, las matrices fundadoras de sus gustos y preferencias, los parámetros y criterios inspiradores de su acción y comunicación, de sus relaciones y organización, de su comportamiento y desarrollo social. Como la fe es una realidad que abarca, que afecta a toda la persona, y como la cultura es también central en toda la realidad humana, la verdadera evangelización tiene que articular, de forma amplia y profunda, la relación entre *fe* y *cultura*.

Evidentemente, las personas son los sujetos concretos y activos, tanto de la fe como de la cultura. No hablamos, pues, de una evangelización abstracta, sino de un proceso que pasa por la fe vivida y por la cultura activa en que se vive. La persona y/o la comunidad bien evangelizadas tendrían que ser personas y comunidades consistentes e integradas y, por lo tanto, libres para una relación sana con el otro, con el diferente, En la unidad del género humano, la cultura es precisamente el factor de diversificación, que crea las alteridades. Personas y comunidades no tienen que sentirse invadidas o amenazadas. De hecho, no se puede imponer alguna cosa a los otros de forma dominante y sin respeto. En este sentido, la misión de evangelizar es un proceso educativo y dialogal. Abarca a la totalidad del ser humano, trabaja con el hombre y la mujer concretos y se ajusta a su contexto social, cultural y religioso. No se puede subestimar la consecuencia de estos criterios para la

evangelización de cualquier cultura, pero, en especial, en relación a las diferentes formas de *misión ad gentes más allá de fronteras*. De hecho, se van a enfrentar y encontrar ahí no sólo las diferentes culturas, sino, también, inspiraciones religiosas de fondo, que son inherentes al propio tejido de la realidad cultural.

Tercero. En las diversas culturas, sobre todo en nuestras culturas tradicionales, esa dimensión religiosa es fundamental. Ella articula los diferentes aspectos socio-culturales (poder y familia, propiedad y economía, lenguaje y comunicación, ritos y ocio, etc.). Explica y justifica el carácter de la respectiva cultura. Es difícil, pues, establecer una adecuada relación entre fe y cultura, si no se tienen en cuenta el componente religioso, tanto de la cultura que se quiere evangelizar, como de aquella que está evangelizando. La evangelización implica, por lo tanto, una relación *dialogal entre las religiones*. Este diálogo es parte indispensable de la relación *intercultural*, puerta de entrada de todo proceso e hilo conductor de toda relación constructora entre los sujetos de la evangelización. La hegemonía de la fe cristiana y católica en nuestro continente no nos despertó mucho a la importancia del *diálogo interreligioso* y, menos todavía, nos preparó para él. Hay aquí todo un nuevo horizonte que vienen siendo explorado más recientemente, pero que todavía camina entre nosotros de forma incipiente.

Si la misión evangelizadora se articula de esta forma con la justicia y la libertad, si pasa por el diálogo intercultural e interreligioso, no hay más lugar para un Cristianismo en el que la unidad de la fe se construya sobre la uniformidad cultural. No queremos emitir un juicio de valor sobre los procesos de evangelización de otras épocas. Ellos trabajaron con sus propios teóricos en sus situaciones históricas. Además, en el nivel actual de los presupuestos antropológicos y de la conciencia teológico-misional, no se puede concebir y justificar un *Cristianismo monocultural*. Al contrario, el resultado universal de una adecuada *evangelización inculturada* será un *Cristianismo multicultural*, que construirá la unidad profunda de la fe en la diversidad de concepciones y expresiones culturales. Se impone, en este momento, una claridad mayor sobre el término *cultura*, palabra clave en nuestra cuestión.

4. ¿DE QUE CULTURA HABLAMOS?

Hay muchas formas de entender *cultura*. La más frecuente es la que identifica cultura con el desarrollo del espíritu humano: el conocimiento, el arte, la ciencia. Pero no es ésta la acepción que aquí nos interesa. Para nuestra finalidad apostólica, tomamos *cultura* como la dinámica social peculiar en que un grupo humano vive, siente, se relaciona, se organiza, celebra y comunica su vida. La cultura, por tanto, vive en la realidad concreta de sus miembros, no es su modo de ser y de expresarse. El grupo cultural se adapta a su medio ambiente y establece sus relaciones, orienta y determina el sentido que da a su vida, a su acción y comunicación.

Como los seres humanos concretos, cada cultura, está cargada de elementos positivos y negativos. Por eso mismo, puede mejorar y reorientarse, corregirse y crecer, relacionarse y transformarse. Ninguna cultura puede ser absoluta. Ninguna es exhaustiva de lo humano. Tampoco puede cerrarse en sí y sobre sí, bajo pena de debilitarse y empobrecerse. Las personas crean y viven la cultura. Esta a su vez, moldea, condiciona y diversifica a las personas. La cultura no se transmite por generación o por decreto. A lo largo del proceso educativo, de la infancia a la vejez de las personas, ésta se va configurando, asimilada y constantemente transformada, de forma consciente o inconsciente. No tiene sentido, pues, una concepción inmovilista de la cultura, como si fuese un marco estático insensible a los impactos transformadores de las complejas realidades humanas.

En toda cultura hay elementos visibles: el lenguaje y los gestos, los símbolos y rituales, el modo de trabajar, de construir y cultivar, de vestirse, descansar y cocinar. Pero, además de estas dimensiones, que se perciben fácilmente y que se pueden describir, hay otro nivel en la cultura. Son los sentidos y valores, la visión del mundo y la concepción ética de la vida. El conjunto articulado de estos dos planos, uno más explícito, otro más implícito, constituye y traduce la identidad cultural de un grupo humano, ya sea étnico o nacional, institucional o asociativo. Podemos hablar, pues, de la cultura de una parroquia o comunidad, de una diócesis o movimiento. Son culturas las poblaciones rurales, pero también lo son las poblaciones marginadas y discriminadas, oprimidas y excluidas en las periferias metropolitanas. En cada una de ellas, se va elaborando en el tiempo

el doble plano , que mencionamos anteriormente, uno más externo y otro más interno, que les dan una cierta identidad.

Intuimos, pues, lo insuficiente que es la reducción de nuestra realidad a tres vertientes de las culturas indígenas, afroamericanas y modernas. Hay dentro de cada una de estas macroculturas un gran número de microculturas o de subculturas. Hay, además, cortes transversales fuera de las fronteras culturales. podemos hablar hoy de culturas transculturales, como la del joven, la de la mujer, la del pobre, la del emigrante, la del refugiado, así como de otras tantas culturas. Independientemente de la latitud en que se encuentren estos grupos humanos, coinciden en ciertos elementos culturales de percepción y análisis, de interpretación y evaluación, de sentimientos y de expresión. Por ejemplo las mujeres o los jóvenes. Hay también las macroculturas de masa, gestadas de modo global por la intercomunicación técnica e informática de los medios de comunicación o de la información procesada. Independiente de los vínculos culturales locales e inmediatos, éstas traducen afinidades transculturales y proyectan perfiles pluriculturales en una relativa unidad de fondo.

Subrayamos que el proceso de evangelización tiene que articular fe y cultura. Es, pues, indispensable en la misión dentro de la propia cultura, como en la que se orienta *ad gentes*, conocer bien cada cultura o subcultura que se quiere evangelizar. Es fundamental evangelizarla desde lo que es. Este tipo peculiar de relación fe y cultura es lo se viene llamando *inculturación*. Este es un dato crucial en la comprensión y realización actual de la misión evangelizadora.

5. INCULTURACION DEL EVANGELIO

Inculturación es un término teológico reciente. Desde el Concilio Vaticano II (*Gaudium et Spes*, *Ad Gentes* y *Nostra Aetate*) y desde el Sínodo sobre la Evangelización y la Exhortación Apostólica que le siguió (*Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI, 1975) se viene profundizando en la reflexión misiológica y en la práctica eclesial, pastoral y misionera, la sensibilidad frente a la relación entre fe y la(s) cultura(s). La palabra *inculturación* fue usada, por primera vez en un documento pontificio, en la Exhortación Apostólica *Catechesi*

Tradendae (1979), aunque haya sido mencionada en el Sínodo sobre la catequesis dos años antes. De ahí para acá se origina una inmensa bibliografía sobre la *inculturación*.

Inculturación es una cualidad específica de la relación entre fe y cultura y del consecuente modo de evangelizar. No son la misma cosa *inculturación*, *adaptación* o *aculturación*. Estos dos últimos términos y métodos dominaron durante siglos el proceso evangelizador, con importantes excepciones, claro. Con ellos se daban cambios drásticos de fuera hacia adentro en el grupo cultural que se quería evangelizar. En la adaptación y en la aculturación, la iniciativa y el poder determinante de la cultura etnocéntrica del evangelizador predominaba sobre la propia cultura o sobre una cultura ajena. Esta cultura del evangelizador permanecía como referencial mayor de la evangelización. Este proceso permitió la generalizada occidentalización, uniforme y universal, de la evangelización en prácticamente todo el mundo y durante gran parte del segundo milenio, que está ahora terminando. Por eso, como ya hemos dicho, se consolidó el Cristianismo monocultural.

Al contrario, con la *inculturación*, la evangelización se hace desde dentro de la cultura del grupo humano que se quiere evangelizar y no como algo intrínseco y extraño a ella. La pregunta clave es: cómo el Señor está presente, cómo actúa y continúa actuando en nuestras personas y a través de ellas y de sus culturas, a lo largo de su vida, de sus tradiciones y de su historia, antes del proceso evangelizador o durante el mismo. Los miembros de la cultura son, así, sujetos principales del proceso. Debería ser activa y mutua su interacción y colaboración con los organizadores, igualmente sujetos y, sobre todo, pedagogos y animadores del proceso.

El Evangelio no existe en abstracto. Siempre se encuentra ya asimilado en alguna cultura concreta. El proceso de evangelización inculturada, por lo tanto, se desarrollará principalmente como un encuentro de culturas, un *diálogo intercultural*. Este se da entre el evangelizador, desde la propia cultura y una cultura que no es la suya. Además, cuando evangeliza dentro de su propia cultura, el diálogo se debe de establecer entre el evangelizador y las distintas subculturas de su contexto cultural, por ejemplo, dentro de su cultura de evangelizador, son distintos los diálogos entre el evangelizador y

la subcultura de jóvenes en su propia cultura, o los diálogos con la subcultura del mundo rural, o con la de los obreros industriales, o con la de los indígenas, o con la de los negros, con la de los intelectuales, o con la de los productores de arte y música, e igualmente, con otros grupos o subculturas.

El evangelizador y los miembros de la cultura que se quiere evangelizar (miembros tanto en la cultura propia del evangelizador como en la cultura ajena) se aproximan y se van conociendo cada vez mejor. Esta interacción, que debe ser dialogal y que ya forma parte del proceso evangelizador, revela a cada uno la identidad de las respectivas culturas, capta la respectiva alteridad, sus características y diversidades, su afinidad con los valores evangélicos y, también, los límites humanos e institucionales, las contradicciones, desvíos y perversiones de cada cultura. Incluye, sobre todo, la presencia del Espíritu en cada ser y grupo humano, forma íntima y trascendental de presencia activa de la Palabra de Dios, anterior a cualquier palabra humana evangelizadora.

La inculturación, por lo tanto, es, al mismo tiempo, un *camino de discernimiento cultural y espiritual y un proceso de conocimiento pedagógico de la cultura como vehículo real o potencial de la fe*. Entre evangelizados y evangelizadores (persona o comunidad apostólica) se establece, de alguna forma, una evangelización mutua. Al darse cuenta de su propia cultura, vista hora desde la fe, el evangelizador, la redescubre como portadora del Evangelio, pero nunca como forma exclusiva o privilegiada de proponerlo o de vivirlo. En su alteridad, la otra cultura, la que se está evangelizando, revela al evangelizador como se puede vivir la misma fe de un modo diferente y nuevo. Esta relación teológicamente intercultural es una experiencia y una etapa indispensable de toda evangelización inculturada.

Resumiendo, por lo tanto, en la percepción actual de la misión, una proclamación explícita del Evangelio presupone un buen conocimiento de la cultura en la que se actúa. El discernimiento inculturado lleva a constatar lo que hay de evangélico o de contraevangélico en la cultura que se evangeliza. Detecta lo que puede ser dispensable o corregible en la cultura del propio evangelizador, para transmitir y vivir el mensaje evangélico. En otras

palabras, el evangelizador, a través de la cultura que está evangelizando, conoce la otra cultura. Ahí, descubre la relatividad de su propia cultura en relación al Evangelio y a la fe.

Esta dinámica de transparencia ayuda a intuir como ya es o puede ser evangelizada cada cultura. Al mismo tiempo, lleva a captar donde es necesario el cambio o la conversión en cada cultura. Como obras humanas que son, todas las culturas tienen valores que coinciden con el fondo humano del Evangelio. Pero, también, todas necesitan de corrección y conversión. Tanto la conversión, como la reorientación o el crecimiento en la educación de la fe, se harán, sobre todo, en aquel nivel más interno de la cultura, es decir, en el plano de sus sentidos y valores, de sus criterios y visión de mundo, de su perspectiva ética. La conversión o el crecimiento en este nivel induce o suscita, orienta o ilumina los cambios necesarios a ser realizados también en el plano externo de la expresión cultural de la fe. Los cambios en el fenómeno cultural - en los gestos y símbolos, en los ritos y lenguajes - emergen como postulados de nuevos descubrimientos y comprensiones en el nivel de los sentidos y valores.

La evangelización será un paciente trabajo conjunto entre el evangelizador y el evangelizando, persona o comunidad cultural. La fe cristiana, que, por la acción del Espíritu, puede brotar de la evangelización, no es un producto voluntarista bajo nuestro control y evaluación. La fe, tampoco es, un conjunto doctrinal o ético-moral; ni una instancia institucional, como lo es una religión; ni, tampoco, confunde con ellas. La fe, en verdad, es la respuesta de acogida consciente y libre que da una persona o comunidad al don que Dios hace de sí mismo a la humanidad, en Jesucristo y por él. En este sentido amplio, la evangelización es siempre indispensable. Por ella se crean las condiciones para que el Espíritu de Dios actúe en las mentes y en los corazones, los habite y los instruya, para que la semilla caiga en tierra buena y, suscitando la fe, produzca buen fruto.

Por una parte, todas las culturas están marcadas por valores y límites. Algunos de éstos son incompatibles con la fe cristiana, como por ejemplo, la injusticia y la opresión, la violencia y la hipocresía. La evangelización, como testimonio, servicio y anuncio, será realmente, o potencialmente, crítica de la cultura y, muchas veces,

inculturadamente contracultural. En otras palabras, por fidelidad a la orientación primera, es decir, a la teleología profunda de la cultura, eventualmente contaminada o desviada por fallos humanos a lo largo de su propia historia, la evangelización, precisamente por ser obra de los sujetos de la cultura, deberá a veces, ser contracultural. Sólo así, podrá rescatar por dentro de la realidad cultural su propia identidad de fondo a ser fiel a ella. Esta forma de reflexión crítica se traduce como denuncia profética. Ésta es bien distinta de la pasividad conformista o de la ingenua absolutidad de la cultura como pieza arqueológica e inmutable. Ésta delicada dinámica vital es parte integrante de toda evangelización inculturada.

Por otro lado, ningún grupo humano llega por sí mismo, por sus méritos y calidad cultural al don que Dios nos hace en su Hijo y de todo lo que El nos viene a traer a nuestras vidas. Ninguna cultura puede presentarse, pues, como el único o como el mejor camino para llevar a la fe. Toda cultura es potencialmente portadora de este don. La mediación evangelizadora es necesaria. Pero a cada persona o a cada grupo humano cultural, el Espíritu dará el acoger, vivir y expresar la fe según la identidad de su cultura. Aún más: es una evangelización inculturada, más madura y más plena, la vida y el mensaje evangélicos pueden llegar a constituirse parte del patrimonio de la cultura evangelizada, propio principio de su inspiración, norma y fuerza de unificación que la transforma, la recrea y la lanza nuevamente.

Este proceso de evangelización se ejerce tanto en el plano de culturas, que sólo ahora van teniendo acceso al Evangelio, como en las culturas de gran tradición cristiana, pero hoy frías o indiferentes, cuando no alejadas en relación a los contenidos o a la praxis de la fe. Estas situaciones u otras análogas crearon la necesidad de una re-evangelización o de *una nueva evangelización*, con nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas expresiones y, sobre todo, nuevo enfoques de antiguos contenidos. Esta *nueva evangelización* es un tema central en la preocupación y en la predicación de Juan Pablo II.

La evangelización inculturada es mediación dialogal y pedagógica, tanto en los contactos con las culturas autóctonas y tradiciones recientes o milenarias, como con las culturas modernas y posmodernas y con sus múltiples y diversas subculturas. Será siempre

desde dentro de ellas, y desde el fondo más auténtico de sus identidades, que se procederá al discernimiento evangelizador. Éste las ayudará a descubrir en ellas y por ellas mismas las riquezas humanas y los vestigios de Dios. Pero igualmente las verá identificar por sí mismas bajo la luz del Espíritu, las marcas de ruptura y de pecado, que necesitan purificación. Nuestra misión evangélica y evangelizadora pasa, pues, por la centralidad de la cultura en la realidad humana. Esta misión puede llegar a ser el rescate salvífico de la identidad primigenia del grupo cultural y de la originalidad perdida de su proyecto vital.

6. LA MISION DE JESUS, FUNDAMENTO E INSPIRACION DE NUESTRA MISION

Esta misión de la que estamos hablando no es una invención nuestra, no es creación voluntarista de nuestra iniciativa humana. Ella encuentra su fundamento, su justificación e inspiración en la misión de Jesús. Por medio de su pequeño grupo de apóstoles y discípulos, Jesús, quiso que fuéramos continuadores de su misión. Concluyamos, pues, esta reflexión central *el fundamento cristológico* de toda misión que es el don de la misión del propio Jesús. Sin esta base, todo lo que digamos de nuestra misión eclesial evangelizadora, carecería de sentido y legitimidad.

Los Evangelios subrayan en la misión de Jesús aspectos que se completan. Jesús revela a su Dios, que se manifestó a Israel y está presente en todos los pueblos a lo largo de la historia. Lo que Jesús transmite no es un conocimiento temático-teórico sobre Dios. Es, sí, su experiencia de Dios, singular, íntima y filial. Pasa por esta mediación existencial su credencial de único *revelador* del Padre (Mt 11, 25-27; Lc 10, 20-22). Él quiere que todos nosotros, hombres y mujeres, vivamos también la experiencia de Dios de forma semejante a la suya. Nos orienta y nos invita, pues, a personas humanas de todos los tiempos, a una comunión profunda con Dios, Nuestro Padre, y a una comunión entre nosotros, sus hijos en hijas en el Hijo. Jesús nos manifiesta, así, su misión de revelador.

Jesús asume, también, toda la humanidad, en su condición contrastante de fidelidad a Dios y al prójimo, pero, no menos, de

pecado contra ambos. Jesús nos presenta a Dios Unidad y Trinidad. Él es el portador ante Dios, tanto de nuestra alabanza y acción de gracias, como de nuestra urgente necesidad de perdón. Jesús, hecho por Dios sacramento existencial de reconciliación y de esperanza, se convierte en portavoz del clamor de todos por el amor, la verdad y la justicia. Sólo a través de Jesús puede morir en nosotros el pecado, marca de perturbación o de ruptura de la comunión entre nosotros y entre nosotros y Dios. Jesús se manifiesta, así, en su misión exclusiva de *Salvador y Redentor*.

Esta misión nos hace descubrir la parte destructiva que tiene nuestra libertad en la ruptura de la comunión, proyecto de Dios en nosotros. A nosotros, sujetos y artífices del pecado, personal y estructural, individual, social y cultural, el Jesús que revela y salva nos da una misión de *liberación*. Nos convida a seguirlo y a unirnos con él en la construcción de un mundo nuevo, de amor y de verdad, libre, justo y solidario. Esta construcción de una historia, portadora de vida y de las señales del Reino, es una responsabilidad que este Jesús comparte con nosotros. Esta es la dimensión libertadora de su misión que se recapitula en nuestra misión. Él ratifica al enviarnos a todas las naciones para que en ellas se hagan discípulos suyos (Mt 28, 18-20). Él quiere contar con nosotros. Potencia en nuestras vidas todo lo que es bueno, lleno de sentido y de esperanza. Él nos revela lo positivo de nosotros mismos. Nos acoge como somos, educándonos y transformándonos, como lo hizo con sus apóstoles. Haciéndonos a nosotros, hombres y mujeres de todos los tiempos, compañeros y colaboradores suyos, por el don y por la fuerza de Su Espíritu en nosotros.

Este Jesús, único revelador, salvador y libertador nos asocia a su *misión*. No podemos ser como él reveladores y redentores, pero podemos, por la fe y por la esperanza, traducir en amor la certeza del Dios que él nos presenta y del perdón que sólo él nos puede dar. Pero el mismo Jesús, *libertador*, nos asocia de otra forma a su misión. Haciéndonos, con él, constructores de libertad, en la verdad, en el amor y en la justicia del Reino.

7. ESTA MISIÓN ES EVANGELIZAR

Este Jesús, en la Sinagoga de Nazaré (Lc 4,16-22), al comentar a Isaías (61 1-2), expresa de manera breve y plena la naturaleza de su misión: evangelizar. Al responder a los discípulos del Bautista, Jesús de nuevo se define como el que evangeliza (Lc 7,18-23). Al dar por terminada su misión en la tierra, Jesús convoca a los apóstoles y a los que vengan después de estos. Los envía a los confines del mundo para evangelizar como él lo hizo. Vamos a dar seguimiento a su misión, iniciada con el pueblo de Israel (Mt 28, 18-20; Mc 16,15; Lc 22, 47-48; Jb 20,21-22; Hch 1,8). Pablo, a quien Dios hace apóstol, subraya su misión que es evangelizar (Rm 15, 16; 1Cor 10, 17). Podemos decir que, de hecho, en la perspectiva bíblica de la misión de Jesús, se integran y hasta se llegan a identificar, misión y evangelización.

Jesús terminó en la sinagoga con estas palabras: "...y los pobres son evangelizados...". En la coherencia de su vida, su atención especial se dirige a los más sencillos y necesitados, a aquellos sobre todo que, por distorsiones y perversiones de sus propias sociedad y culturas, o por la acción opresora de los otros no pueden vivir humanamente. Ellos son privados de los elementos fundamentales de la vida, de las necesidades básicas para la sobrevivencia. Son, también, privados de la relación de amor y comunión con los otros e, incluso, entre ellos mismos. Ésta es la miseria dramática que deshumaniza y humilla. Ésta es la condición trágica vivida por la gran parte de la humanidad, sobre todo por centenas de millones de niños.

Así, se manifiesta la dimensión *libertadora* de la misión redentora. Ésta pasa por la libertad de acceso de cada persona humana a este Dios que se hace presente en Jesús y por Jesús. Pero, también, pasa por el rescate y por la superación, tanto en la persona particular, como en el grupo socio-cultural, de todo lo que limita y coarta, restringe y oprime a la realidad humana.

Ayudar a las personas a que sean cada vez más libres, capaces de discernir y de decidir, con el fin de recibir el don de Dios y de actuar siempre en la perspectiva del Reino es el meollo de la misión que es evangelizar. Ésta se hace realidad en nosotros y por nosotros,

en continuidad con la misión de Jesús. Llamados por el Señor para los servicios de todos en la misión en nuestras tierras y fuera de nuestras fronteras, somos, hoy, enviados de nuevo por Jesús a proclamar el *Evangelio en las culturas*. En el amor y en la fe abriremos caminos de vida y de esperanza. Jesús que es *Vida* y vino para que tengamos vida en plenitud (Jn 10,10) nos hará, en su Iglesia y por la acción del Espíritu, portadores de la verdadera *Vida*. Ésta es nuestra vocación, ésta es nuestra misión.

Dirección del Autor:
Rua Bambina, 115
Botafogo
22251-050 Rio de Janeiro, R.J.
Brasil
